

x-rite

colorchecker CLASSIC



M.C.D. 2022

LA VIRGEN
DEL PILAR DE ZARAGOZA
Y LOS FRANCMASONES.
OPÚSCULO
que para bien de su patria y de la única Religión
verdadera que en ella se profesa,
OFRECE AL PÚBLICO
UN ESPAÑOL AMANTE DE UNA Y OTRA.



Con aprobacion del Ordinario.
BARCELONA:
IMPRESA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, n.º 24 y 26.
1866.

M.C.D. 2022

T. 700887

C. 3144939

IBAF. 666

M.C.D. 2022

R. 116998

LA VÍRGEN
DEL PILAR DE ZARAGOZA
Y LOS FRANCMASONES.

OPÚSCULO

que para bien de su patria y de la única Religión
verdadera que en ella se profesa,

OFRECE AL PÚBLICO

UN ESPAÑOL AMANTE DE UNA Y OTRA.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

IMPRENTA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, n.º 24 y 26.

1866.

740897 1215/6

*Varios Prelados de España han concedido 2480
días de indulgencia á todas las publicaciones de
la LIBRERÍA RELIGIOSA.*

PRÓLOGO

Ó SEA

CARTA QUE UN VIAJERO ESCRIBIÓ
Á UN AMIGO SUYO.

Querido amigo: Escríbote la presente para enterarte de algunas de las cosas que he visto y oído durante mi viaje por Europa. Larga y tal vez pesada para tí sería la tarea de referírtelo todo. Esto lo guardaremos, como objeto de nuestras conversaciones, para cuando tengamos el gusto de vernos. Hoy por hoy voy á limitarme á detallarte un feliz encuentro que tuvimos uno de estos días Vicente y yo. Al tomar asiento en uno de los vagones del ferrocarril de..., encontramos en él á un caballero muy amable, fino é ilustrado, en cuyo frente nos sentamos. Sin ser de nación francés, hablaba correctamente la lengua de aquel imperio, y como ya

sabes que Vicente la posee tambien, no tardaron en trabar amistosa y larga conversacion. Yo, si bien es verdad que no la hablo, la entiendo no obstante perfectamente; asi es que no siéndome posible terciar en aquella, me contenté con escuchar á los dos interlocutores, y por cierto que lo hice no solo con sostenida atencion, sino con singular complacencia por ver con cuánto entusiasmo se producía dicho caballero en favor de los españoles. Conozco tu buen corazon, y como sé que está al unísono del mio con respecto á nuestra querida patria, paso á referirte lo que yo oí para hacerte participante de las dulces emociones é inexplicable placer que yo experimenté durante todo nuestro viaje á...

Consérvate bueno y manda á tu amigo

Q. T. M. B.

N.***

CONVERSACION

ENTRE

el Sr. Aquiles y D. Vicente N.

Acomodados nuestros saquitos de noche en uno de los vagones del ferrocarril de... y cambiados nuestros saludos con el Sr. Aquiles que encontramos ya en él y á cuyo frente nos sentamos, rompió él el silencio que guardábamos, emprendida ya la marcha y despues de habernos observado, diciéndonos en buen francés: Á lo que parece, Vds. son españoles, ¿verdad? y contestada afirmativamente la pregunta, prosiguió exclamando:

I.

SR. AQUILES.— ¡Oh! cuánto placer tengo yo en viajar con españoles y poder hablar con ellos, si bien no tengo la dicha de poseer su bello idioma! Siendo todos los españoles, cual lo son, católicos, apostólicos y romanos, y siéndolo yo también, naturalmente todas mis simpatías están por ellos. Quiero los también, y mucho, por varios otros motivos, singularmente por su acendrada y exquisita devoción á la santísima Virgen María, por su cordial adhesión á la Santa Sede, por la nobleza de su carácter, y, finalmente, por su corazón magnánimo y expansivo.

D. VICENTE.— Mucho favor nos hace V., caballero; se me figura que nos honra V. demasiado.

—Cuanto he dicho, repuso el señor

Aquiles, es lo que siento con respecto á la noble nacion española, y no creo haber incurrido en exageracion alguna. Á lo menos, en cuanto á lo primero, no podrá V. menos de convenir en que la innata y próverbial devocion de los españoles á María santísima es grande, muy grande, y además tierna y cordial. En este punto se portan Vds. como buenos hijos de tan buena y cariñosa Madre. Amor con amor se paga, suele decirse, y puesto que tantas y tan grandes pruebas de amor ha dado ella á los españoles, justo es que ellos la honren, como lo hacen, con un incesante culto de amor y veneracion especial bajo todos sus títulos. Puede llamarse á la Península española la nacion predilecta de la divina Señora, si hemos de juzgar por los infinitos y peculiares favores que desde los primitivos dias del Cristianismo le viene dispensando. Acuérdome haber leído que asombra-

do Benedicto XIV de las insignes gracias que no cesa de derramar sobre España la Reina de cielos y tierra, exclamó valiéndose de las palabras del Profeta-rey: *Á ninguna nacion ha hecho lo que á esta* (1).

Efectivamente; viviendo todavía la Virgen en carne mortal, se dignó, como no lo ignoran Vds., honrar con su visita personal á esa magnánima nacion. Hallábase Santiago el Mayor en Zaragoza, y orando un dia con sus discípulos cerca del rio apareciósele la Señora, y despues de animarle á predicar la fe de su divino Hijo en las comarcas de la bella Iberia, ordenóle que en honor suyo erigiese una capillita en la augusta ciudad de los Césares donde se hallaba. Hízolo así el fervoroso Apóstol y colocó en ella la imágen de María sobre una hermosa columna de mármol,

(1) Non fecit taliter omni nationi. (*Psalmo CXLVII*, ult.).

motivo por el cual ha sido siempre conocida y venerada bajo el nombre de Virgen del Pilar. Ese precioso pilar, ó sea columna, ha sido y será para los españoles mucho mas provechoso que no lo fue para los hebreos la célebre roca del desierto de la cual hizo Moisés brotar aguas en abundancia. Esta piedra manó por algun tiempo solamente agua material, mientras que aquella prodigiosa columna, peana sobre la tierra de la Madre de Dios, no ha cesado jamás ni cesará hasta la consumacion de los tiempos de manar abundantísimas aguas de gracias corporales y espirituales, temporales y eternas. En vista de esto, yo, señores, estoy en la conviccion de que, agradecidos los españoles á la augusta y divina Señora por sus finezas sin cuento, la honrarán mientras duren los siglos con verdadera y filial devocion, recabando de su poderoso valimiento que el glorioso título de CATÓ-

LICA, que tanto ennoblece á su nacion, no le sea jamás arrebatado, por grandes que sean los esfuerzos que hacen y harán el infierno y sus frenéticos secuaces para descatolizarla. Todavía mas, yo llego á creer que en particular y proporcion guardada, pueden aplicarse á España las palabras con que Jesucristo asegura á la Iglesia su indefectibilidad: Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (1).

Al fijar Santiago á orillas del Ebro en Zaragoza la misteriosa columna por orden de María, diríase que esta quiso sirviera aquella como de firmísima roca, como de insuperable dique á orillas del encrespado y revuelto mar de todos los errores y vicios. Y parodiando la Virgen las omnipotentes palabras del Criador, diria á su vez á aquel embravecido mar: Hasta aquí llegarás y no

(1) *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam. (Matth. xvi, 18).*

pasarás mas allá; aquí se estrellarán tus hinchadas y espumosas olas. Tal vez permita el Señor que con tus horrosos bramidos difundas el terror en mis queridas comarcas de la Iberia y que con tus inmundas aguas cubras su superficie entera, pero tu aparente triunfo no será mas que momentáneo; tus devastadoras aguas no lograrán hacer bambolear mi columna; llegarán quizás hasta mis piés, pero yo quebrantaré tu altivez como quebranté ya la cabeza del infernal dragon que ponía asechanzas á mi calcañar.

La columna de María fue y será para los españoles, al través de los siglos, lo que fue para los hebreos, al través del desierto, la nube que en forma de columna colocó Dios á su frente para guiarlos y guarecerlos. Durante la noche era como un faro que los iluminaba; durante el dia proyectaba sobre ellos su benéfica sombra para preservarlos de

los ardores del sol. La columna de María, ó mejor María sobre su columna fue luz para los españoles cuando estaban sumergidos en las tinieblas del error, y desde entonces no cesó ni cesará de derramar sobre ellos sus luces y gracias para que perseveren en la fe del divino Redentor, como no cesará ni cesó de cubrirlos con su maternal sombra para librarlos no pocas veces de los rayos del Sol de justicia, ó sea de los castigos que con sus prevaricaciones ó extravíos han atraído sobre sí.

La columna, en fin, de María, símbolo de invencible fortaleza, es la columna que sostiene el edificio de la fe en España, y para que se vea mas clara esta verdad, para mi evidentísima, me valdré de una comparacion, cuya idea me sugiere la misma columna; así como en la arquitectura vemos que la columna es el sosten de los arcos del edificio que se apoyan en ella, así tam-

bien vemos que la Virgen santísima es el sosten de todos los españoles que se apoyan en ella con verdadera devoción y confianza.

—No puede V. figurarse, Sr. Aquiles, dijo D. Vicente, la ternura con que ha hecho V. palpitar mi corazón y el gozo que ha difundido en mi alma al hablar tan dignamente de María á favor nuestro. Todo esto lo veo yo, todo esto lo ven conmigo y conmigo lo confiesan los españoles, pero ¡ay! hemos llegado á unos tiempos, amigo mio, en que se obra, se habla y se escribe entre nosotros de tal manera, que es ya casi inevitable una de aquellas tremendas catástrofes con que Dios ha castigado á otras naciones en las cuales tanto floreció y por tanto tiempo la fe de Jesucristo.

—Estoy al corriente de todo lo que sucede en España, dijo el Sr. Aquiles; veo que su situación es apurada y que,

humanamente hablando, pueden sobrevénir en ella de un momento á otro grandes desastres tanto en lo político como en lo religioso. Pero, hablando cristianamente y atendida la poderosa y especial proteccion de María santísima bajo la cual se halla España, no veo que haya motivo para amilanarse. La tempestad que hace ya tiempo viene rugiendo sobre la Península ibérica es tal vez la mas desencadenada y deshecha que ha amenazado hasta aquí su Religion y su existencia misma. Mas yo veo siempre allá arriba sobre la tempestad Aquel á cuya voluntad están sujetos los mas huracanados vientos y las mas tremendas borrascas. Esto no deben jamás perderlo de vista los españoles, y además de lo mucho que deben trabajar para conjurar el comun é inminente peligro á que se ven expuestos, deben tambien acudir una y otra vez y siempre al Señor, y decirle con los Apóstoles: *Señor,*

salvadnos, que perecemos (1). Y no porque la Madre de Jesús esté siempre dispuesta á favorecerlos, pueden contar con su amparo sin pedirselo. Acudan todos á ella ahora y ahora mas que nunca humildes y confiados, y ella y su divino Hijo harán que la tranquilidad y bonanza sucedan, á no tardar, á la borrascosa tormenta que amenaza sumergir en un cáos á la España entera.

—Lo que nos causa mayor pena, señor Aquiles, dijo D. Vicente, es el ver que los peores enemigos que tiene hoy dia la religion católica en nuestra patria, son los mismos españoles. Eso y los sistemas políticos nos traen divididos, y esa division político-religiosa nos aflige mucho mas que las invasiones de los vándalos, moros y franceses. Entonces, ya lo sabe V., agrupados todos los españoles al derredor del Pilar de Za-

(1) Domine, salva nos, perimus. (*Matthæi*, VIII, 25).

ragoza, no teníamos mas que un corazon, una sola alma (1), pero en el dia...

— Y ¿piensa V., Sr. D. Vicente, dijo aquí el Sr. Aquiles interrumpiéndole, piensa V. que los que en España escriben, hablan y obran tan atrevida y desvergonzadamente contra la Religion son españoles? No lo crea V. No todos los que nacieron en Israel fueron israelitas (2), ni todos los que han nacido ó nacen en España son españoles. *Español* y *católico* fueron siempre sinónimos, y el que no es buen católico en España, tampoco es ni puede ser buen español. El que es infiel ó traidor á la fe, lo es tambien á la nacion española. ¿Qué serán, pues, esos miserables que, unos con su venal y envenenada pluma, otros con su blasfema é inmunda lengua, estos con su afilado puñal,

(1) Cor unum, et anima una. (*Act. iv, 32*).

(2) Non omnes qui ex Israel sunt, ii sunt israelitæ. (*Rom. ix, 6*).

aquellos con la tea incendiaria en su mano, se han propuesto *regenerar* la España derribando sus altares, asesinando ó vilipendiando á sus ministros, y haciendo desaparecer por grados, ya que no pueden simultáneamente, todo lo que huele á Catolicismo? ¡ Ah ! por mas que ellos se titulen españoles y se llamen buenos patricios, no son otra cosa que monstruosos engendros de razas extranjeras, ni merecen otro calificativo que el de hombres degradados y prostituidos, indignos del nombre español.

En la fe los españoles son hijos del grande apóstol Santiago. Á ellos puede este decirles con toda verdad lo que san Pablo á los de Corinto: Yo soy vuestro padre, pues yo por la predicacion del Evangelio os he dado el ser espiritual en Cristo-Jesús (1). Ahora bien; en el

(1) In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui. (*I Cor. iv, 15*).

orden de la gracia, como en el de la naturaleza, siempre los hijos se asemejan, si no en todo, á lo menos en muchas cosas, á sus padres. Sentado esto, pregunto yo, ¿se parecen en nada al glorioso Apóstol de las Españas aquellos españoles espurios que á todas horas y de todos modos combaten la única Religión verdadera que aquel implantó en ellas? Inútil es toda contestacion á esta pregunta, pues el diabólico celo con que ellos obran es incompatible con el celo verdaderamente apostólico con que Santiago difundió en España las verdades de la fe. Este celo parecen haberlo heredado de aquel gran Santo los verdaderos españoles, pues siempre, y especialmente en sus conquistas, se han distinguido entre todas las naciones como propagadores de la verdadera Religión. Véase sino la historia, y compárese la manera de conquistar de España con la de Inglaterra y Francia, por

ejemplo, cotejando en seguida sus resultados morales. Hasta aquí los ingleses apenas pusieron el pié en algun país que pretendian conquistar, lo primero que han procurado establecer ha sido una aduana ó casa de comercio; los franceses un fuerte ó castillo; la primera piedra colocada por los españoles en sus numerosas y vastísimas conquistas fue la piedra fundamental de alguna iglesia ú oratorio. Este hecho, consignado en las historias, califica por sí solo las tendencias de esos tres pueblos, y á la España sola entre ellos le cabe la gloria de haber transformado en cristianos á los innumerables habitantes de las inmensas regiones conquistadas con sus triunfantes armas. Verdad es que recientemente la mayor parte de aquellas se emanciparon de su generosa y cariñosa metrópoli, que con la Religion y la civilizacion las sacó de la barbarie, pero si bien quedaron rotos con esto los

vínculos que las unian con España, tiene esta el consuelo de ver que, arraigada como dejó en ellas la fe verdadera, permanecen adictas é inseparablemente unidas á nuestra comun madre la Iglesia, á pesar de los esfuerzos del infierno y de sus satélites los francmasones.

II.

—Doy á V. las mas cumplidas gracias, Sr. Aquiles, dijo D. Vicente, por los buenos sentimientos que le mueven á V. á hacernos justicia, cosa que generalmente no hacen los extranjeros tratándose de los españoles, á quienes no conocen, y á quienes tienen un particular empeño en denigrarlos y envilecerlos. En esto andan muy solícitos y sagaces los francmasones de que acaba V. de hablar, y yo quisiera merecer de V. que, á estar al corriente del maquiavelismo de esa horrible secta, nos diese V. pormenores sobre sus maquinaciones y planes anticatólicos y antisociales con respecto á todo el mundo, pero con especialidad á nuestra nacion.

—En la actualidad, contestó el señor Aquiles, la francmasonería se pre-

senta con cierto aire de soberana que por mucho tiempo se guardó de ostentar. Su fundacion es ya algo antigua, pero se mantuvo cuidadosamente oculta hasta que, preparado todo en sus antros para causar un cataclismo en Europa, pudo salir de ellos á fines del siglo pasado armada de la formidable guillotina. Este terrible instrumento de muerte, que tantas, tan augustas y santas víctimas sacrificó durante algunos años, infundió tal terror no solamente en Francia donde funcionaba triunfante, sino en todas las naciones, que la misma francmasonería comprendió la necesidad de poner fin á sus estragos y volver á esconderse para proseguir en sus clubs con manejos clandestinos la obra de destruccion que no podia continuar á la luz del sol. Envalentonada ahora con el triunfo de las nuevas y devastadoras ideas que ella no cesa de esparramar por doquiera, parece estar

decidida á mostrarnos por segunda vez su pavorosa faz; pero adoctrinada por la experiencia, trata ahora de ir ganando terreno para la consecucion de sus fines siguiendo una táctica enteramente opuesta á la de su primera y memorable aparicion. Ahora se presenta con la mascarilla de la hipocresía, y se viste con piel de oveja, no obstante de ser la loba mas monstruosa y rapaz que se ha visto. Transformada así en su exterior, se agacha y se arrastra por el suelo mansa y lentamente para con mayor facilidad echarse sobre las tímidas ovejas é incautos corderillos.

La francmasonería se jacta de propagadora de las verdaderas luces, del progreso, de la civilizacion, y ¡quién lo creyera! se califica (sacrílegamente) á sí misma de *Religion santa y sagrada* (1), de *auxiliar el mas poderoso de*

(1) Boletin del grande Oriente, número de marzo de 1848, pág. 49.

todas las religiones, que tiene por principios la moral y la pureza (1); anuncia que su reinado será la armonía de las desigualdades naturales, el triunfo de la verdad, el reinado de la justicia, de la paz y de la fraternidad (2). En suma, se presenta completamente transfigurada de diablo en ángel de luz, y si alguno de sus adeptos, menos prudente, no sabe ó no puede disimular su indignacion contra tan hipócrita proceder, los principalotes de la secta se dan buena prisa de ahogar sus gritos y neutralizar el mal efecto que con sus im-

(1) Boletín del grande Oriente, número de enero de 1859, pág. 378.

(2) Id., número de agosto de 1844, página 41. Y recientemente los francmasones del Oriente de Lyon (Francia), en la carta que escribieron á Pio IX por la solemne condenacion que hizo este de aquella secta en 25 de setiembre de 1865, se atreven á decir que *la francmasonería es una obra de justicia y de paz.*

prudencias hubieran podido producir.

—Sentado esto, dijo D. Vicente, es de suponer que los medios de que se valen los francmasones serán tan viles como el objeto que se proponen.

— Los medios favoritos de esos vampiros, continuó el Sr. Aquiles, son: 1.º Procurar elevar sus adeptos á los destinos ó empleos mas altos y mas ventajosos. 2.º Atraerse y ganar para su partido á los católicos tímidos é incautos, haciéndoles entrever bellas y halagüeñas perspectivas. 3.º Combatir sin cesar á cuantos se oponen á sus miras, cubriéndolos de desprecios, ultrajes y calumnias. De este modo reclutan cada dia nuevos secuaces, pero sus seducciones, amenazas y vituperios solo hacen mella en los meticulosos y débiles que, por desgracia, son los mas numerosos en la sociedad. Los miserables que así se dejan arrastrar pueden ser comparados á los perros de los cazado-

res que levantan la caza, corren tras ella, la cogen pero no la comen. Quien la come y se regala con ella son los cazadores; á los perros se les echan los huesos á roer. Lo propio hacen los corifeos de la francmasonería con los que rastreramente seducen; se sirven de esos tontos como de perros, y todo el botin queda á favor de aquellos. De ahí es que viven sin trabajar, habitan en suntuosas casas, comen regaladamente, visten con lujo, se pasean en coche, y se recrean á sus anchuras en los cafés, teatros, casinos, etc. Para los pobres incautos nada, ó cuando mas lo peor de la cacería; pobres eran y pobres se quedan, teniendo que trabajar para vivir los que no sucumben y salen ilesos de los riesgos á que han debido exponerse por mandato de los principales que medran á su costa. Si no le gusta á V. la expresada comparacion, harémos otra que nos dará el mismo ó

parecido resultado. Todos los dias estamos viendo que los arquitectos se sirven de andamios para llevar á cabo los edificios cuya construccion se les encarga, y luego de concluidos estos echan abajo los andamios, los hacinan y dejan abandonados en sus almacenes sin pensar mas en ellos hasta que nuevamente los necesitan. Ahí tiene V. lo que hacen los francmasones con la clase trabajadora. Primeramente procuran seducirlos con las fascinadoras palabras de libertad, igualdad, fraternidad, prometiéndoles un desahogado bienestar y una felicidad completa. Seducidos ya, se valen de ellos como de andamios para encaramarse á lo que pretenden para sí, ó para labrar su propia fortuna, y una vez lograda esta, los pobres se ven despreciados, burlados é ignominiosamente tratados por los mismos á cuyo encumbramiento contribuyeron con sus fuerzas y no pocas veces con sus vidas.

— Parece que los conoce V. á fondo, Sr. Aquiles, exclamó D. Vicente. ¡ Así los conocieran los pobrecitos que tan frecuente y neciamente se dejan engañar por ellos ! Pero dígame V. ¿ es verdad que todas las sectas modernas van comprendidas en la palabra *francmasonería* ?

— Sí, señor, y con mucha razon, contestó el Sr. Aquiles, porque todas están acordes con ella, y si bien son conocidas bajo títulos diversos y se valen de medios distintos, todas tienden y coadyuvan al mismo fin.

III.

— Sin ánimo de abusar de la bondad de V., Sr. Aquiles, desearia yo, dijo D. Vicente, me precisara V. un poco mas en qué consiste la francmasonería.

— Eso es lo que voy á hacer, contestó el Sr. Aquiles. Prescindiendo de los grados superiores é inferiores en que se divide la secta, puesto que no todo lo de aquellos es aplicable á estos, digo que la francmasonería considerada en sí misma es una reunion de hombres ligados y coligados por los mas execrables juramentos, una secta en cuyo seno dominan los principios mas disolventes, la mas desenfrenada libertad y el odio mas profundo é implacable á la Religion y á la sociedad, al altar y al trono, á Dios y á todo soberano. Todo lo quiere destruir, pero primera y prin-

cialmente el trono de Jesucristo sobre la tierra. Á este fin tienden los esfuerzos de todos sus adeptos y con especialidad los de sus magnates, quienes saben escoger la gente mas á propósito para su consecucion. Las vejaciones á la Iglesia, la guerra declarada é incesantemente continuada contra sus dogmas y su disciplina, el sarcástico desprecio de sus derechos, los furiosos ataques contra el Vicario de Jesucristo, todo esto se trama, se delibera y prepara en las logias de la francmasonería. De ahí los libros perversos, las comedias escandalosas, el desenfreno de la prensa periódica, las calumnias, las blasfemias, las impiedades de todo género públicas y privadas, de ahí en fin esas teas incendiarias que diariamente se agitan en medio de los pueblos para destruir la Iglesia y el Estado, y establecer sobre sus ruinas el imperio de la secta.

Estos son los frutos ó sean los efectos inmediatos que producen los planes fraguados en las logias de la sociedad masónica, segun se desprende de sus catecismos y estatutos citados por el papa Leon XII, catecismos y estatutos que yo mismo he visto y tenido en mis manos. Los sucesores de dicho Pontífice han hecho mencion en sus alocuciones y encíclicas de iguales principios y consecuencias. Puede esto corroborarse con los sucesos que de algun tiempo á esta parte han tenido lugar en muchos puntos de Italia; con los documentos publicados por Gir, Cramer, Eckert; con los escritos de Ferrari y Mazzini; con las blasfemias proferidas y las leyes presentadas en los Parlamentos, cuyas mayorías se componen de sectarios; con las confesiones de Proudhon, de Chenu, de Marr, de Heitzon, de Struve, de Becker y otros muchos que, guiados de un ciego furor, han escrito no poco

en los periódicos de Inglaterra, de Francia, de Suiza y aun de España. Estos sectarios, completamente animados del espíritu de la francmasonería, ora piden el *exterminio de muchos millones de hombres, desde el Océano al mar Negro, desde el Tajo al Oural*, ora suspiran por *la fiesta de la venganza*, y se gozan con solo pensar en celebrarla *sobre montañas de cadáveres*. Oiga V. ahora una de las atroces máximas de Marr: «La «religion que se llama Cristianismo, «dice, es el resúmen de todas las de- «gradaciones del hombre y la degrada- «cion misma.» (¡Que blasfemia!). Kolmacher expresa uno de sus infernales deseos diciendo que «el supremo gozo «que apetece en este mundo consiste «en poder atar con sus propias manos «el último sacerdote al cuello del últi- «mo rico.» (¡Qué sacrílega barbarie!). Añada V. á esto las impías y despechadas invectivas de Garibaldi contra el

Papa, contra los sacerdotes y la religion católica. Garibaldi está en el grado superior de la francmasonería del rito escocés, y goza de todos los privilegios del Grande Oriente en todas las logias de Italia. Colija V. de todo esto qué es la francmasonería y cuál su espíritu.

IV.

— Á mí me parece, dijo D. Vicente, que si con tiempo los príncipes y reyes hubiesen sido avisados de lo funesta que es dicha secta á la Religion y á la sociedad, no habrían faltado en adoptar los medios mas eficaces para salvar á entrambas.

— Los Pontífices romanos, contestó el Sr. Aquiles, dieron á su tiempo la voz de alarma llamando la atención de todos los soberanos sobre la existencia y progresos del mal, pero en vano. Los reyes y sus gobiernos, ó porque no quisieron ó porque no supieron hacer mas, solo tomaron medidas insignificantes para contrarestar las anárquicas maquinaciones de la francmasonería, y hé aquí la causa de la deplorable situación en que hoy dia se halla el mundo.

Ni se contentaron los Papas con dar la voz de alarma, sino que por su parte hicieron repetidos y enérgicos esfuerzos para preservar á la Iglesia, y con ella á la sociedad, de los estragos con que las amenaza de continuo aquella secta. Conforme á una expresion de Clemente XII, los Sumos Pontífices no podian permanecer indiferentes al ver al mónstruo que ora atacaba como lobo devorador al rebaño de Cristo, ora trataba de introducirse en él cual zorro astuto. En su consecuencia varios de ellos expidieron decretos enérgicos, en virtud de los cuales y bajo el mas riguroso precepto de obediencia prohibieron á todo individuo, cualesquiera que fuesen su clase ó rango, el formar sociedad alguna masónica, propagarla, auxiliarla, protegerla, ocultarla ó encubrir-la en su casa ó fuera de ella. Del mismo modo prohibieron á todos y cada uno de sus súbditos cristianos el alis-

tarse en la francmasonería como socios, asistir á sus reuniones, inducir á otras personas á que lo hagan, favorecer á los afiliados con obras ó consejos, directa ó indirectamente, por sí ó por tercera persona. Y estas prohibiciones van sancionadas con la pena de excomunion en que incurren, por el solo hecho (*ipso facto*), todos cuantos desobedecen, convirtiéndose ellos mismos en miembros separados del cuerpo de la Iglesia.

— Nada mas natural ni mas justo que este castigo, dijo D. Vicente, porque siendo la francmasonería una secta enemiga de Dios y de su Iglesia, es incompatible el formar parte de aquella y ser al mismo tiempo hijo sumiso de la Iglesia.

— Y ¿creerá V., Sr. D. Vicente, añadió el Sr. Aquiles, que todavía hay entre los cristianos quien no admite esta conclusion? Dicen (¡quién lo creyera!)

que siendo la francmasonería tolerada, si no protegida, por los Gobiernos, el precepto pontificio no viene al caso y queda la pena sin efecto.

—Este razonamiento estaria en su lugar, dijo D. Vicente, si Dios hubiese erigido al poder civil en jefe supremo de la moral y conferídole la facultad de atar y desatar, pero hasta los niños saben que entre los católicos el jefe ó juez supremo de la moral es el Papa y solo el Papa.

—Justamente, exclamó el Sr. Aquiles, y por lo tanto es el mas inconcebible é incalificable absurdo aprobar lo que el Papa condena, ó permitir lo que él prohíbe. Las penas con que los Sumos Pontífices sancionan sus leyes ó preceptos las incurren del modo que ellos marcan todos sus transgresores, quieran ó no quieran, y ningun Gobierno de la tierra podrá librarlos de ellas.

V.

—En vista de esto, fácil sería, dijo D. Vicente, precisar las principales causas que han movido á los Papas á condenar, como lo han hecho, la francmasonería.

—Sí, señor, contestó el Sr. Aquiles, y eso es lo que voy á hacer. La primera de dichas causas está en los juramentos horribles é injustos con que se ligan los adeptos de aquella sociedad; la segunda en los principios erróneos y de todo punto subversivos en cuanto á la moral y á la autoridad; la tercera en las diabólicas tramas que allí se urden contra la Iglesia y contra la sociedad; la cuarta, en fin, en el odio implacable y mortal que profesan todos sus individuos á Jesucristo, á su doctrina y á sus ministros. ¿Qué importa que se obre en público ó en secreto, con permiso ó

sin él, y aun, si se quiere, contra la voluntad de los Gobiernos? En ambos casos la culpabilidad existe, y en el primero se agrava con la especie de consentimiento que presta el cuerpo social todo entero, representado en sus jefes.

En uno y otro caso, por consiguiente, subsiste la prohibicion ó condenacion de la francmasonería, y con aquella las censuras en que incurren los adeptos de tan perversa secta. Esto por sí solo salta á la vista y se desprende claramente de la novísima encíclica *Quanta cura* del inmortal Pio IX: «No se avergüenzan, dice, de afirmar que «las Constituciones apostólicas que condenan esas asociaciones clandestinas, «exijase ó no en ellas el juramento de «guardar el secreto, y fulminan anatemas contra los sectarios y sus fautores, carecen de fuerza en los países en que dichas asociaciones están toleradas por el poder civil.»

No hay, pues', aquí lugar á subterfugios. La condenacion, en todo caso, conserva toda su fuerza, y todos los transgresores de los preceptos pontificios incurren en las censuras fulminadas por la Santa Sede, que por cierto son muy graves. En virtud de ellas los heridos por el rayo del Vaticano no pueden, mientras viven, recibir los santos Sacramentos, y despues de muertos no tienen derecho á sufragio alguno si antes de espirar no se retractaron y reconciliaron con la Iglesia. El párroco que en el ejercicio de su ministerio no observase estas reglas, causaria con su conducta un grave escándalo, y mereceria ser reprendido y castigado por su superior, conforme á la culpabilidad de su omision.

VI.

—Muy desventajosa es la idea que todo esto hace formar de los francmasones, dijo D. Vicente, y por cierto que no puede conciliarse con la que algunos quieren darnos de los mismos. Yo he oído á no pocos echar en cara á los que se alejan de aquellos sectarios la exagerada severidad con que lo hacen, pues, segun dicen, hay entre los francmasones hombres verdaderamente notables, magistrados, generales, ministros, en una palabra, personas honradas y recomendables.

—Yo contestaria á aquellos señores, dijo el Sr. Aquiles, que el papa Leon XII en su constitucion de 13 de marzo de 1825, asimila á los francmasones á aquellos hombres de los cuales nos habla el evangelista san Juan, hombres cuyas visitas prohíbe recibir y á quie-

nes ni aun quiere se les salude en la calle, porque se les debe mirar como á primogénitos de Satanás. Á los ojos de un verdadero católico, todo y cualquiera francmason es *un excomulgado que no puede menos de inspirar horror, y de quien todos deben apartarse cuanto les sea posible*. Ya sé yo que se pretende que entre los francmasones hay gente honrada. No negaré yo que muchos de ellos lo sean segun el mundo, cuyo juicio en punto á honradez no suele hallarse dentro de los límites de una escrupulosa justicia. Pero verdadera y católicamente hablando ¿puede ser tenido por honrado un hombre que abandona y pisotea el estandarte de Jesucristo para alistarse en las filas de sus enemigos? Al militar, sobre todo si es jefe, que se pasa al enemigo, se le considera como infame y como digno de muerte. Aplíquese, pues, lo del orden militar al orden espiritual, y véase lo que habré-

mos de pensar de los que postergando sus deberes de hijos sumisos de la Iglesia á sus compromisos de secta, arrostran audaces los justos castigos que merecieron con su desercion, se burlan de las *excomuniones*, animan á sus consocios á combatir á la Iglesia, ó, cuando menos, aumentando su número los hacen mas osados en la lucha. «Es evidente, dice Leon XII en la ya citada constitucion, que el poder y la audacia de esas perniciosas asociaciones nace de la multitud de sus adeptos; por consiguiente, aun los miembros que no han pasado de los grados inferiores deben considerarse como cómplices de la iniquidad. Á ellos son aplicables las palabras del Apóstol: *Los que hacen tales cosas son dignos de muerte; y no solo los que las hacen, sino los que las aprueban* (1).»

Si no se quiere juzgar á los franc-

(1) Rom. I, 32.

masones segun los principios de la Iglesia, júzgueselos enhorabuena segun los de la simple razon, y se verá que ni aun bajo este punto de vista puede considerárseles como honrados y recomendables. Todos, aun los de los mas ínfimos grados, han vendido vilmente su conciencia é indignamente supeditado á otra su propia inteligencia. ¿Quiere V. pruebas de ello? Los juramentos que prestan al entrar en la Asociacion son la mejor y mas convincente de todas. El novicio debe jurar (ante todo, jurar!) que guardará el secreto sobre todo lo que sepa de la francmasonería. La fórmula con que jura es la siguiente:

Si llego á ser perjuro, consiento en que se me corte la cabeza, que se me arranquen el corazon y las entrañas, que entregado mi cuerpo á las llamas, se arrojen al viento mis cenizas, y que mi memoria sea execrada de todos los francmaso-

nes. Así se lee textualmente en el Ritual de la secta , año 1856. Tenemos , pues, que el desgraciado adepto empieza por jurar que guardará el silencio. ¿Sobre qué? El mismo lo ignora. Tenemos tambien que el infeliz llama sobre sí el puñal y las llamas. ¿En qué caso? En el caso de que falte á un juramento que su conciencia, por maleada que sea, le obligará tal vez á violar. Pregunto yo ahora: ¿podrá ser hombre honrado y de buen sentido cualquiera que contraiga semejantes compromisos?

— Á mí , dijo D. Vicente , me parece el mas solemne despropósito el obligarse con juramento y bajo penas tan extremas á guardar un silencio tan absoluto y arriesgado. Esto solo cabe en un hombre de degradado corazon y de destornillada cabeza. Esto no es propio de gente honrada.

— Pues aun hay mas y peor, continuó el Sr. Aquiles. Á la juramentada

obligacion del secreto debe unirse una obediencia la mas ciega. Hé aquí otra fórmula que consta tambien del Ritual francmason y que en Italia actualmente se pone en boca de todo adepto en su recepcion: *Prometo, dice este, obedecer ciegamente á los superiores de la Asociacion y conformarme de todo punto con sus órdenes, sin apresurar ni retardar por mi parte los acontecimientos para el progreso y servicio de la Sociedad. Prometo tambien tener una ilimitada confianza solo en la JÓVEN ITALIA, y la pongo igualmente en tí, mi hermano convertidor, sin reserva y sin límites. Con este fin, desde este momento hasta á la muerte me obligo voluntariamente á seguir siempre y en todo lugar á los jefes y superiores de la Asociacion, y á observar escrupulosamente todas las obligaciones prescritas por el Reglamento.* (Al pronunciar estas palabras toma un puñal, y presentándolo á su hermano convertidor, que es quien

recibe sus promesas y juramentos, continúa diciendo) : *Si yo fuese tan vil y miserable que olvidase estos juramentos sagrados y estas promesas solemnes, hiéreme, hiere sin piedad al perjuro.*

Dígame V., en vista de esto, si es posible que haya en el mundo hombres de honradez y conciencia que tan á ciegas se sujeten á una servidumbre que en sí y por sí sola es el colmo de la bajeza. En las Órdenes religiosas, es verdad, se hace tambien voto solemne de obediencia, pero este no alcanza á las cosas que lastiman la conciencia, y aun en las demás le es lícito al súbdito presentar ó alegar sus razones. Reservado estaba á los fieros y deshonorados miembros de la Sociedad masónica, ellos que no cesan de atronarnos con las palabras de LIBERTAD é INDEPENDENCIA, el hacerse semejantes á los irracionales, y sujetarse al despótico impulso de un desconocido ó al miedo del puñal.

VII.

—Yo he oído referir, dijo D. Vicente, que á algunos hombres verdaderamente honrados se les ha solicitado á entrar en la francmasonería, y que ellos han desoido y rechazado con indignacion tales solicitudes.

—Es verdad, contestó el Sr. Aquiles, y al efecto puedo yo citarle el ejemplo del Sr. de Troya, el cual rechazó las propuestas que se le hicieron con estas solas pero contundentes palabras: *¿Puede un hombre de bien someterse de antemano y ciegamente á lo que determinen hombres á quienes no conoce?*

Hé aquí otro ejemplo. César Balbo, á quien se propuso lo mismo, contestó así: «Veinte y cinco años hace que trabé «íntimas relaciones con varios patriotas «exaltados italianos de cuyas ideas par-

«ticipaba, y los cuales ingresaron en
«sociedades secretas, haciéndose unos
«carbonarios, otros confederados, etc.
«Yo, sin embargo, me negué á imitar-
«los, porque nunca tuve el arrojo que se
«necesita para prometer guardar un se-
«creto en asunto cuyo alcance no cono-
«cia, pero muy grave y de mucho in-
«terés para mi país. Se me exigia ade-
«más que ignorase el *fin* que se busca-
«ba y el *camino* que debía seguirse para
«lograrlo. Yo creia que ningun hombre
«puede ni debe renunciar al conoci-
«miento de un secreto antes de empe-
«ñarse en la empresa á que el secreto
«se refiere, y mas si la empresa es polí-
«tica, pues en punto á política varian
«hasta á lo infinito las opiniones acerca
«de lo que es justo é injusto, conve-
«niente ó perjudicial.

«Estas fueron unas de las razones
«principales que me alejaron de las so-
«ciedades secretas, pues me parece que

«un hombre de bien no puede compro-
«meterse á tomar parte en obras que no
«conoce. Yo no comprendo cómo hay
«quien voluntariamente se exponga al
«peligro de ser cómplice de actos repro-
«bados por su conciencia, ó revelador
«de hechos en que ha tenido parte.

«¿Cómo entrar en una sociedad sin
«cometer por eso mismo un gran crí-
«men? Y ¿cómo salir de esa misma so-
«ciedad cuando voluntariamente se ha
«entrado en ella? ¿Habría, no obstante,
«hombres sensatos que lo verifiquen?
«¡Ah! no, esto es imposible á quien
«conserva su entendimiento sano.»

¡Oh! si se considerasen bien estas
palabras de aquel hombre eminente!...

—Por cierto, dijo D. Vicente, que
no habria tantos que prostituyesen su
carácter y arrastrasen por el lodo su
conciencia.

VIII.

— Y ¿qué utilidades puede traer la francmasonería á sus afiliados? preguntó D. Vicente.

— Yo le diré á V., contestó el señor Aquiles. Los afiliados de segundo orden no reportan utilidad alguna de la Sociedad masónica, antes bien se les siguen no pocos perjuicios con pertenecer á ella. Á su ingreso en la misma cada cual, segun su posibilidad, ha de pagar ciertos derechos, que en todo caso son bastante crecidos. Item mas, han de sufragar á los gastos y otras cosas que ocurren con frecuencia. Todo esto sin contar el tiempo que han de perder asistiendo á las reuniones periódicas y extraordinarias de la Sociedad, viajando ó cumpliendo otros deberes que les señala la Junta directiva.

Otra cosa es si se trata de los que di-

rigen el juego, como suele decirse, ó componen el primer órden. Estos sí que sacan de la Sociedad grande utilidad y provecho, pues en sus fondos encuentran cuanto han menester para sus suntuosas habitaciones, comilonas, viajes de recreo, etc. En ello pueden emplear y emplean el dinero que ellos mismos manejan sin tener que rendir cuentas á nadie, porque como todo allí se hace en la oscuridad del misterio, nadie tiene derecho de que se le revele cosa alguna, pero sí el deber de creer lo que se le diga, obedecer y callar.

En comprobacion de lo que vengo diciendo voy á relatarle á V. un fragmento de la obra que sobre los franc-masones escribió el general prusiano Marwitz: «Las cosas, dice, en la franc-
«masonería están del modo siguiente:
«Á la cabeza se hallan colocados los
«malvados que quieren las riquezas,
«los honores y los goces únicamente

«para sí. Todo lo demás, para ellos, no
«es otra cosa que un medio para lograr
«aquél fin.

«Están colocados en segundo lugar
«los entusiastas que con un celo frené-
«tico procuran propagar el dominio de
«la razón destruyendo la fe y la obedien-
«cia á las autoridades legítimas.

«En último lugar se hallan los de en-
«tendimiento obtuso, ó sean los tontos,
«que por una moneda cualquiera están
«siempre dispuestos á ejecutar las ór-
«denes que se les den. Estos, por lo
«común, tienen señalados diez reales
«vellon diarios, y deben, por suerte y
«dentro cuarenta días, asesinar á los
«que se les designa. Si alguno, en di-
«cho plazo, no ejecuta ese crimen, otro
«compañero suyo tiene la vilísima obli-
«gación de asesinarle á él.»

—¿Se servirá V. decirme, Sr. Aquil-
les, preguntó D. Vicente, en qué con-
sisten las distinciones ó insignias de que

usan los que tienen algun título entre los francmasones?

— Las insignias, contestó aquel, de algunos de dichos sujetos consisten en un delantal de pieles que visten en las solemnidades de la Asociacion. Otros hay que llevan en la cintura un delantalito de raso blanco de media vara en cuadro como los taparabos de los negros salvajes; en los cuatro ángulos de dicho delantal hay dos espadas bordadas en cruz. Otros, en fin, llevan en el cuello una ancha cinta negra de la cual cuelga una calavera de marfil cuyo tamaño no llega á dos pulgadas.

— Otra pregunta me permitirá hacerle á V., amigo mio, dijo D. Vicente, y disimule V. tanta curiosidad. ¿Cuáles son las ceremonias de los francmasones en sus fiestas?

— Precisamente toca V. un punto, dijo el Sr. Aquiles, que va á darnos que reir, pues hacen tales necedades,

que parece imposible que hombres de maduro juicio tengan valor suficiente, no digo para hacerlas, sino aun para presenciarlas. Con las grotescas insignias ó distintivos que los califican se parecen á los niños que cuando juegan á soldados se pavonean con cruces de papel dorado y se arman con palos y cañas. Así es que Federico II, rey de Prusia, decia: *Yo me rio de todas esas locuras que hacen los francmasones en sus logias*. El emperador José II, de Austria, llamaba *bufonería* al conjunto de tonterías que practican dichos señores. Napoleon I no reparó en llamarlos á todos ellos *imbéciles*. Esta es la única razon que alega Mr. Lipsi de que muchos de los francmasones asistan raramente á sus reuniones, y de que otros las hayan completamente abandonado para no tener que presenciar semejantes ridiculeces. Si el público las viera, á buen seguro que sus risotadas harian salir

los colores en el rostro de aquellos mentecatos que , con sus misteriosas boberías, se dan una importancia que están léjos de tener. Hacen bien en esconderse, y sobre todo la oscuridad les conviene para combinar sus proyectos , urdir sus planes y tramar sus conspiraciones con que á mansalva ponen en combustion á todo el mundo. *Quien obra mal, aborrece la luz* (1).

— Si mal no recuerdo, repuso D. Vicente, dijo V., Sr. Aquiles, que esas gentes suelen darse mucha importancia, cosa que yo no comprendo, á no ser que lo hagan para lograr mejor sus intentos.

— Así es, en efecto, contestó el señor Aquiles. En cuanto á lo que se proyecta y fragua en sus reuniones, todo lo envuelven con el velo del misterio , lo cual contribuye no poco , á los ojos del vulgo , á dar á sus cosas grandes pro-

(1) Qui male agit, odit lucem. (*Joan. III, 20*).

porciones. En cuanto á su número, si se les cree, son infinitos (1). El poner uno, dos ó mas ceros es cosa muy fácil, y de ello resulta luego una suma enorme. Son muchos, es verdad, pero no tantos como ellos pregonan. Con ello, sin embargo, logran dos cosas: satisfacer su desmedida vanidad, su satánico orgullo, y tender un lazo á los débiles é imprudentes para que vayan á engrosar sus filas. Otra cosa se proponen todavía con su táctica, aguijoneados como se hallan por la mas desenfrenada impiedad. Aumentando su número, gritan y se agitan cuanto pueden con el fin de acallar ó amortiguar los gritos de su depravada conciencia. Pero en vano; *no hay paz para los impios, dice el Señor* (2); durante toda su vida, si

(1) En el año 1865 hacian subir su número á 500,000 activos y á 8.000,000 pasivos.

(2) Non est pax impiis, dicit Dominus. (*Isai. XLVIII, 22*).

no se convierten, el gusano de su conciencia, *que nunca muere* (1), les corroerá noche y día. No, no tienen otro remedio para la paz de su alma y su salvacion que arrepentirse de haber perseguido á su Iglesia y acudir con corazon humillado y contrito al santo tribunal de la Penitencia donde con la absolucion de sus crímenes y la amistad del Señor encontrarán la tranquilidad de su interior y recobrarán sus perdidos derechos á la gloria eterna. ¡Ay de los que despreciaren esta tabla de salvacion, pues morirán en su pecado y se condenarán por toda la eternidad!...

El ser hombre, ha dicho un sábio y profundo filósofo, *es una cosa terriblemente seria*. Yo añado que el ser cristiano lo es todavía mas. Quizás se dirá que aquellos malvados no piensan ni

(1) Vermis eorum non moritur. (*Marcí*, IX, 43).

creen en penas ni recompensas eternas. ¡Ay, amigo mio! con no creer ni pensar en estas verdades no se evitan sus consecuencias. Son la sancion de la Ley divina, son palabras salidas de la boca del mismo Dios, quien ha añadido: El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no dejarán de cumplirse (1).

Diciendo estaba eso el Sr. Aquiles cuando llegamos á la estacion ó paradero de... Cogimos nuestros sacos de noche y nos despedimos afectuosamente dándonos inequívocas muestras de amistad y cariño.

(1) Cœlum et terra transibunt, verba autem mea non transibunt. (*Marc. XIII, 31*).

*Resoluciones que formamos Vicente y yo
en consecuencia de la precedente con-
versacion.*

1.^a Ser muy obedientes á la Santa Sede y apartarnos de los francmasones sin escuchar jamás sus embustes.

2.^a Abstenernos de leer libros malos y toda clase de escritos perniciosos.

3.^a Leer y propagar libros de sana doctrina para preservar á nuestros prójimos del contagio de los francmasones.

4.^a Amar de todo corazon á nuestro divino Redentor Jesucristo, á su Iglesia y sus ministros, en contraposicion al odio con que los persiguen los francmasones.

5.^a Ser muy devotos y amantes de María santísima del Pilar, ya que ella tanto ha amado y ama á nuestra querida

patria. Rogarla asidua y encarecidamente que la preserve, como hasta aquí, para que su católica fe salga incólume de la tenebrosa y terrible borrasca que amenaza estallar sobre ella.

FIN.

M.C.D. 2022

M.C.D. 2022

M.C.D. 2022

M.C.D. 2052